

tre ellos. ¡Ah! aquella mujer á quien su hijo había llevado á su casa á pesar suyo, á quien había perdonado una vez, no denunciándola después de la muerte del capitán Beaudoin! ¡Y volvía á empezar y esta vez era mayor la infamia! ¿Qué iba á hacer? Una monstruosidad tan enorme no podía tolerarse. La tristeza de la reclusión en que vivía se aumentó; pasaba los días enteros luchando. Los días en que volvía al lado del coronel, más triste, llorando, muda durante muchas horas, éste la miraba y se imaginaba que Francia había sufrido una nueva derrota.

Fué en aquellos días en que se presentó Enriqueta una mañana en la calle Maqua, para que los Delaherche interpusieran su influencia en favor del tío Fouchard. Había oído hablar de la influencia que Gilberta tenía sobre el señor Gartlauben y al encontrarse con la señora Delaherche, á quien encontró primero en la escalera subiendo á casa del coronel, creyó deber explicarla el objeto de la visita.

—¡Ah! señora, qué buena sería usted si quisiera intervenir en favor de mi tío! Tratan de llevárselo á Alemania.

La anciana señora, que la quería mucho, tuvo sin embargo un gesto de cólera.

—Pero, pobre hija mía, yo no tengo ninguna influencia... No se dirija usted á mí.

Después, á pesar de lo emocionada que la veía, añadió:

—Llega usted en mala ocasión, mi hijo se marcha esta noche á Bruselas... Además, se encuentra como yo, sin influencia... Diríjase usted á mi nuera, esa lo puede todo.

Y dejó á Enriqueta, trastornada, convencida de que caía en medio de un drama de familia. Desde la víspera la señora Delaherche estaba decidida á

revelárselo todo á su hijo antes de que éste saliera para Bélgica, donde iba á contratar una partida de hulla con la esperanza de poner en marcha algunos telares de su fábrica. No quería tolerar á su lado aquellos horrores durante la ausencia. Sólo aguardaba para hablarle á tener la seguridad de que se marchase. Era el hundimiento de la casa, el prusiano echado á la calle, la mujer expulsada de su hogar, su nombre puesto en la picota, como se había amenazado hacerlo con toda mujer francesa que se entregase á un alemán.

Cuando Gilberta advirtió á Enriqueta lanzó un grito de alegría.

—¡Qué feliz soy viéndote de nuevo!...

—¡Me parece que hace un siglo que no te he visto y envejecemos tanto en estos tiempos con tantos disgustos!

La llevó á su cuarto, la hizo sentar y se apretó contra ella.

—Vamos, hoy almorzarás con nosotros... Pero antes hablemos. ¡Debes tener tantas cosas que contarme!... Sé que estás sin noticias de tu hermano. ¡Pobre Mauricio! ¡qué ¡ástima me da el pensar que está en París, sin lumbre, acaso sin pan!... ¿Y ese muchacho á quien cuidas, el amigo de tu hermano? Ya ves que me han dicho algo... ¿Es por él por quien vienes?

Enriqueta tardaba en contestar, sobrecogida interiormente. ¿No era por Juan por quien había ido á Sedan para tener la seguridad de que cuando soltasen al tío no le molestasen? Al oír á Gilberta hablarla de él, se quedó confusa, sin atreverse á decir el verdadero motivo de su visita; la conciencia le remordía y le repugnaba emplear aquella influencia que adivinaba no era honrada.

—Entonces,—añadió Gilberta con tono indiscreto,—¿es para ese muchacho para lo que nos necesitas?

Y como Enriqueta, medio avergonzada, hablase de la detención del señor Fouchard:

—¡Pero es verdad! ¡si seré tonta! ¡yo que hablaba de eso esta mañana!... Has hecho muy bien en venir; hay que ocuparse en seguida de tu tío, porque las últimas noticias que tengo no son buenas. Quieren dar un ejemplo.

—Sí, me he acordado de vosotros, continuó diciendo Enriqueta. He creído que me darías un buen consejo, que podrías hacer algo por mí...

Gilberta se echó á reír.

—¡Si serás tonta! ¡Voy á hacer que pongan en libertad á tu tío antes de tres días! ¿No te han dicho que tengo aquí un capitán prusiano, que hace todo cuanto quiero?... ¡Ya lo oyes, no me puede negar nada!

Y reía con ganas, como una loquilla, orgullosa de su triunfo de coqueta, cogidas las manos de Enriqueta entre las suyas acariciándola, y ésta sin encontrar frases de agradecimiento, atormentada ante el temor de que aquello fuese la revelación de su falta. ¡Qué serenidad y qué franca alegría!

—Déjame hacer, te irás satisfecha esta noche.

Cuando pasaron al comedor, Enriqueta se sorprendió al notar la delicada belleza de Edmundo, á quien no conocía. La encantaba y no podía comprender cómo se había batido aquel muchacho y cómo se habían atrevido á romperle un brazo. La leyenda de su heroico valor acababa por hacerle agradable, y Delaherche, que había acogido á Enriqueta muy contento al volver á ver una cara conocida, no dejó mientras duró el almuerzo de hacer elogios de su secretorio, tan activo y bien educado. El almuerzo entre los cuatro en el comedor fué delicioso.

—¿Y es para hablarnos del tío Fouchard para lo que ha venido usted aquí? dijo el fabricante. Me fastidia tener que marchar esta noche... pero mi

mujer le arreglará á usted el asunto. Logra lo que quiere, no hay quien la resista.

Se reía, decía esas cosas con toda naturalidad, como hombre satisfecho, á quien halagaba esa influencia. Después añadió:

—¡Ah querida! ¿No te ha dicho nada Edmundo de un hallazgo?

—No, ¿qué hallazgo? preguntó Gilberta mirando al sargento, que se ponía como una cereza.

—Se trata, señora, del encaje antiguo que sentía usted no encontrar para adornar su vestido... He tenido la buena suerte de descubrir ayer cinco metros de punto de Bruges, muy hermoso y arreglado. La vendedora vendrá á enseñárselo muy pronto.

—¡Qué bueno es usted, yo le recompensaré!

Después, como sirvieran un tarrito de *foie gras* comprado en Bélgica, la conversación tomó otro giro, se paró un momento en el pescado del Meuse, que moría envenenado, y acabó por ir á parar al peligro que amenazaba á la ciudad, en cuanto llegara el deshielo. En Noviembre se habían presentado algunos casos de epidemia. Aunque después de la batalla se habían gastado más de seis mil francos en limpiar la ciudad, en quemar todos los restos sospechosos que encontraban, de los campos que la rodeaban salían olores nauseabundos á la menor humedad, tantos eran los cadáveres mal enterrados que allí se hallaban, cubiertos apenas por una delgada capa de tierra. Por todas partes las tumbas se agrieteaban, con el empuje de los cadáveres, la putrefacción dilataba las capas de tierra y el aire apestado corría envenenándolo todo. Y días antes se había descubierto otro foco infeccioso, el Meuse, de donde se habían sacado más de mil doscientos cuerpos de caballos. Todo el mundo creía que no quedaba allí un cadáver humano, cuando un guardia de campo, al mirar con cuidado á más de dos metros de profundidad, había apercibido ba-

jo el agua cosas blancas que parecían piedras y eran lechos de cadáveres, cuerpos reventados que no habían podido flotar. Estaban allí hacia cuatro meses, entre aquellas aguas, entre las hierbas. Cuando intentaban sacarlos se deshacían, se desgajaban, y subían á la superficie burbujas que al reventar apestaban el aire.

—La suerte que tenemos es que hiela, hizo notar Delaherche. Pero en cuanto desaparezca la nieve, habrá que desinfectarlo todo, si no perderemos todos la vida.

Su mujer le suplicó que al menos mientras comían hablase de otras cosas y terminó diciendo:

—Nos quedaremos sin pescado del Meuse durante mucho tiempo.

Acabaron de comer, sirvieron el café y en aquel momento la doncella anunció que el señor Gartlauben pedía permiso para entrar un momento. En seguida Delaherche dió orden de que le introdujeran para aprovechar la ocasión de presentarle á Enriqueta, y cuando el capitán vió allí á otra señora, se deshizo en cumplidos. Aceptó una taza de café, que bebía sin azúcar como muchas personas en París. Si insistió para que le recibieran era porque habla obtenido que uno de los protegidos de Gilberta fuese puesto en libertad, un desgraciado obrero de la fábrica que había sido detenido por haber reñido con un soldado prusiano.

Gilberta aprovechó la ocasión para hablar del señor Fouchard.

—Capitán, le presento á usted á una de mis más queridas amigas... Desea ponerse bajo su protección: es sobrina del señor Fouchard, de Remilly, ese que ha sido detenido á consecuencia de esa historia de los voluntarios.

—¡Ah! sí, la historia del espía, ese desgraciado á quien han encontrado dentro de un saco... ¡Es cosa

grave, muy grave! Temo mucho no poder hacer nada por él.

—¡Capitán, me causaría usted tanto placer!

Le miraba, acariciándole con sus ojos, y él, satisfechísimo, se inclinó muy galante: ¡haría cuanto quisiera ella!

—Se lo agradeceré á usted mucho, murmuró Enriqueta, presa de súbito malestar al recordar á su marido, á su pobre Weiss fusilado allá en Bazeilles.

Pero Edmundo, que habla desaparecido discretamente al llegar el capitán, entró para decir algo al oído de Gilberta. Se levantó en seguida, contó la historia del encaje que una mujer le llevaba y siguió al joven. Enriqueta se quedó sola en compañía de los dos hombres y pudo aislarse, sentada cerca de la ventana mientras que ellos seguían hablando en voz alta.

—Capitán, acepte usted una copita... Ya lo vé usted, le digo las cosas lealmente, con franqueza, porque le conozco á usted. Pues bien, le aseguro que su prefecto obra muy mal, al imponernos una contribución de cuarenta y dos mil francos... Fíjese en los sacrificios que llevamos hechos. Primero, en visperas de la batalla, hemos alimentado á todo el ejército francés, hambriento. Después á ustedes, que tenían buen apetito. El paso de las tropas, las reparaciones, los gastos de todas clases nos han costado millón y medio. Calcule otro tanto por las ruinas que ha acumulado la batalla, las destrucciones y los incendios y tenemos tres millones y otros dos millones que calculo habrán perdido el comercio y la industria, y tenemos cinco millones. ¿Qué le parece? Cinco millones de francos para una población de trece mil almas. Y ahora nos piden cuarenta y dos mil francos de contribución, no sé con qué pretexto. ¿Es esto justo?

El capitán movía la cabeza, diciendo:

—¿Qué quiere usted? ¡Son cosas de la guerra!

Enriqueta estaba abatida, se apoderaban de ella toda clase de tristes pensamientos, mientras que Delaherche decía que Sedan no hubiera podido hacer frente á la crisis, con la falta de dinero, sin la feliz creación de un papel moneda local, de la Caja del Crédito Industrial, que habían salvado á la población de un desastre financiero.

—Capitán, tome usted otra copita.

Pasó á otro asunto.

—No es Francia quien ha hecho la guerra, es el imperio... ¡Ah! el emperador me ha engañado. Todo se ha acabado con él, no queremos nada con ese hombre nefasto... Mire usted, el único que ha visto claras las cosas, ha sido Thiers, cuyo viaje actual por las capitales de Europa, es un acto de prudencia y de patriotismo, en el que se vé acompañado por todos los franceses.

No acabó su pensamiento porque le parecía mal hablar de paz delante de un prusiano, aunque fuera simpático. Pero el deseo de ver llegar la paz reinaba en él como en todas las clases acomodadas. Estaban sin fuerzas y sin dinero y era preciso rendirse, y París era objeto de un rencor sordo, porque continuaba resistiéndose. Terminó en voz baja, haciendo alusión á las palabras de Gambetta.

—No, no podemos estar con los locos furiosos. Yo estoy con Mr. Thiers, que quiere las elecciones, y en cuanto á su república, no me estorba, la conservaremos si es preciso hasta encontrar otra cosa mejor.

El señor Gartlauben continuaba oyéndole, aprobando las palabras del fabricante.

Enriqueta no pudo seguir allí más tiempo, se levantó y fué á buscar á Gilberta, que no había vuelto aún.

Al entrar en su cuarto la encontró llorando, muy emocionada.

—¿Qué te sucede?

Gilberta empezó á llorar más, se negaba á hablar, avergonzada. Y por último, escondiendo su cara en el pecho de Enriqueta, balbuceó unas palabras:

—¡Ah! querida mía, si supieses... Nunca me atreveré á decírtelo... Y, sin embargo, tú eres la única que puedes aconsejarme.

Se paró y después añadió:

—Estaba con Edmundo... y la señora Delaherche me ha sorprendido...

—¿Cómo! ¿te ha sorprendido?

—Sí, estábamos aquí, me abrazaba, me besaba. Y besando á Enriqueta, estrechándola entre sus brazos, se lo contó todo.

—¡Querida mía! no me regañes, me causaría mucha pena. Ya sé que te había jurado que no volvería á hacerlo más. ¡Pero ya has visto á Edmundo, es tan valiente, es tan guapo! ¡Después, figúrate que el pobre, herido, enfermo, lejos de su madre! ¡Además, nunca ha sido rico y no he podido negarme!...

Enriqueta la escuchaba atontada.

—¿Cómo! ¿pero es con el sargento? Pues si todo el mundo cree que eres la querida del prusiano.

Gilberta se levantó, secó sus lágrimas y protestó.

—¡La querida del prusiano! eso nunca. Es horrible, me repugna. ¿Por quién me toman? ¿Quién me cree capaz de tal infamia? ¡No, no, nunca! ¡preferiría morir!

Se había puesto muy seria, y después añadió alegremente:

—Es verdad que me divierto con él. Me adora y no tengo más que mirarle para que me obedezca. Si vieras qué bueno es burlarse así de un hombre que parece creer siempre que le van á recompensar.

—Pero es un juego muy peligroso,—dijo Enriqueta.

—¿Lo crees? ¿a qué me expongo? Cuando vea que no puede obtener nada se incomodará y se irá. Además nunca lo notará. Es uno de esos hombres que no ofrecen peligro. Es demasiado vanidoso y no creerá nunca que me he burlado de él. Y cuando se marche, lo único que se llevará será mi recuerdo y el consuelo de decir que ha obrado correctamente.

Se alegraba y añadió:

—Mientras tanto va á hacer que pongan en libertad al señor Fouchard y en pago sólo recibirá una taza de té en la que yo echaré el azúcar.

Pero de repente volvieron sus temores y las lágrimas humedecieron sus ojos.

—¡Dios mío! ¿qué hará la señora Delaherche? ¿qué va á ocurrir? No me quiere mucho y es capaz de contárselo todo á mi marido.

Enriqueta acabó por tranquilizarse. Secó las lágrimas de su amiga, la obligó á levantarse del canapé y á arreglarse el pelo y los vestidos.

—¡Escucha, querida, no tengo valor para reconvenirte y sin embargo sabes cuánto te echo en cara tu conducta! Pero me habían asustado tanto con el prusiano, que lo otro me ha servido de consuelo. ¡Cálmate, todo puede arreglarse!

Era lo mejor; en aquel momento entró Delaherche con su madre. Explicó que había enviado á buscar el coche para hacer el viaje á Bélgica aquella misma tarde, pues quería coger el tren de Bruselas. Se despidió de su mujer; después volviéndose á Enriqueta:

—Esté usted tranquila, el señor Gartlauben me ha prometido ocuparse de su tío y cuando no esté aquí, mi mujer hará el resto.

Desde que la señora Delaherche había entrado, Gilberta no la perdía de vista, toda angustiada.

¿Habría? ¿Contaría lo que había visto antes de que se marchara su hijo? La anciana señora se fijaba en su nuera. A pesar de su rigorismo sentía sin duda el mismo consuelo que Enriqueta. Puesto que había sido con aquel joven, con aquel francés que se había batido con tanto heroísmo, ¿no debía perdonarla como lo había hecho con el capitán Beaudoin? Sus miradas se suavizaron, volvió la cabeza. Su hijo podía ausentarse; Edmundo la protegería contra el prusiano.

—¡Hasta la vista! —dijo abrazando á Delaherche. —Haz tus negocios y vuelve pronto.

Y se fué, entró lentamente en el cuarto donde el coronel continuaba ensimismado.

Aquella misma noche Enriqueta regresó á Remilly, y tres días después tuvo la alegría de ver al señor Fouchard que volvía tranquilamente á su casa. Se sentó, comió un pedazo de pan con queso. Contestó á todas las preguntas que le dirigían, con mucha calma, como hombre que no ha tenido nunca miedo. No había hecho daño á nadie, no podían detenerle. Como él no había matado á Goliath, había contestado á las autoridades que buscaran al asesino. Y habían tenido que soltarle, lo mismo que al alcalde, puesto que no tenían pruebas contra ellos. Pero sus ojos relucían, sentía cierta satisfacción por haber engañado á aquellos canallas, de los que empezaba á estar harto, ahora que encontraban mala la carne que les daba.

Diciembre concluyó y Juan quiso marcharse. Ahora estaba bien de su pierna y el doctor declaró que podía ir á batirse. Fué aquello para Enriqueta una gran pena que trató de ocultar. Desde la desastrosa batalla de Champigny, no habían recibido ninguna noticia de París. Únicamente sabían que el regimiento de Mauricio, expuesto á un fuego terrible, había perdido muchos hombres. Después, siempre el silencio, no les llegaba ninguna carta,

cuando sabían perfectamente que algunas familias de Sedan y de Raucourt las habían recibido. Acaso la paloma mensajera que llevaba las noticias de Mauricio había sucumbido bajo las garras de algún ave de rapina ó de alguna bala prusiana. Pero lo que más les apenaba era el presentimiento de que había muerto. El silencio de la gran ciudad, muda, cerrada por los prusianos, se había convertido con la angustia, en un silencio de tumba. Habían perdido la esperanza de obtener noticias, y cuando Juan expresó el deseo formal de marcharse, Enriqueta no pudo reprimir esta exclamación:

—¡Dios mío! todo se acaba, ¡voy á quedarme sola!

El deseo de Juan era unirse al ejército del Norte, que el general Faidherbe había reorganizado. Desde que el cuerpo de ejército del general Manteuffel, había llegado hasta Dieppe, este ejército defendía tres departamentos separados del resto de Francia, el Norte, el Paso-de Calais y el Somme; y el proyecto de Juan era de muy fácil ejecución, se reducía á ir á Bouillon y dar la vuelta á Bélgica. Sabía que se acababa de organizar el 23.º cuerpo, con todos los antiguos soldados de Sedan y de Metz que lograban escaparse. Había oído decir que el general Faidherbe, tomaba la ofensiva, y señaló para su marcha el domingo siguiente, en cuanto supo el resultado de la batalla de Pont Noyelle, esa batalla, de un resultado indeciso, que los franceses habían estado á punto de ganar.

El doctor Dalichamp se ofreció á llevar á Juan á Bouillon en su coche. Tenía un valor y una bondad inagotables. En Raucourt, donde hacía estragos el tifus, llevado allí por los bávaros, tenía enfermos en todas las casas, además de los de las dos ambulancias que visitaba. Su patriotismo ardiente, la necesidad de protestar contra las inútiles violencias, le proporcionaron dos veces el disgusto de ser detenido. Así es que al llegar á la casa del señor

Fouchard, para llevarse á Juan y hacer escapar á otro de los vencidos de Sedan, estaba muy contento. Juan, que no sabía como arreglar la cuestión del dinero, aceptó los cincuenta francos que le dió el doctor para hacer el viaje, pues no quiso pedir nada á Enriqueta, sabiendo que estaba muy pobre.

Para la despedida, el señor Fouchard quiso hacer bien las cosas. Encargó á Silvina trajera dos botellas de vino, y quiso que todo el mundo echara un trago de vino para lograr la exterminación de los alemanes. El, rico ya, tenía su dinero escondido y tranquilo desde que los voluntarios de los bosques de Dieulet habían desaparecido, perseguidos como fieras, no tenía más que el deseo de gozar tranquilamente de su fortuna en cuanto se hiciera la paz. Hasta en un momento de generosidad pagó á Próspero su soldada, quiso que Silvina bebiese y chocase su copa con la suya: Silvina con quien había tenido la idea de casarse, al verla tan prudente y tan trabajadora. ¿Pero para qué? Comprendía que no se movería de allí, cuando Charlot creciese y fuese soldado. Y cuando bebió con el doctor, con Juan y con Enriqueta añadió:

—¡A la salud de todos! ¡que todos hagan sus negocios y no se encuentren peor que yo!

Enriqueta quiso acompañar á Juan hasta Sedan. Iba vestido con paletó y sombrero redondo que le prestó el doctor. Aquel día brillaba el sol sobre la nieve y el frío era muy intenso. Sólo debían atravesar la ciudad, pero cuando Juan supo que su coronel continuaba en casa de Delaherche, quiso ir á saludarle y al mismo tiempo daría las gracias al fabricante por sus bondades. Y recibió allí una última y dolorosa sensación, en aquella ciudad de desastre y de duelo. Al llegar á la fábrica de la calle de Maqua, encontraron la casa trastornada por un suceso trágico. Gilberta estaba atontada, la señora Delaherche lloraba, mientras que su hijo que

subía de los talleres donde había vuelto á comenzar el trabajo, lanzaba exclamaciones de sorpresa. Habían encontrado al coronel en el suelo del cuarto, muerto, caído como una masa. La lámpara continuaba ardiendo. El médico á quien habían llamado, no pudo comprender de qué había muerto. Ni aneurisma ni congestión. El coronel había fallecido sin que nadie supiera cómo, y al día siguiente encontraron un pedazo de periódico que había servido para encuadernar un libro, donde se daba cuenta de la rendición de Metz.

—Querida,—dijo Gilberta á Enriqueta,—el señor Gartlauben, al pasar delante de la puerta donde descansa el cuerpo de mi tío, le ha saludado... Edmundo le ha visto. ¿No es verdad que es un hombre muy correcto?

Juan no había abrazado nunca á Enriqueta. Antes de subir al coche, con el doctor, quiso darla las gracias por sus buenos cuidados y por haberle atendido como si hubiera sido su hermano. Pero no encontró palabras adecuadas: abrió los brazos y la abrazó llorando. Ella estaba inconsolable y le devolvió el beso. Cuando el coche empezó á andar, se volvió, se saludaron con las manos mientras de sus bocas salían las palabras:

—¡Adiós, adiós!

Aquella noche, al volver Enriqueta á Remilly, estuvo de servicio en la ambulancia. Durante su larga velada las lágrimas corrieron por sus mejillas y lloró, lloró mucho, ahogando sus penas, tapándose la cara con sus manos.

VII

Al día siguiente de la batalla de Sedán, los dos ejércitos alemanes se habían puesto en marcha hacia París, dirigiéndose el del Meuse por la cuenca del Marne, mientras que el del príncipe real de

Prusia, después de haber pasado el Sena por Ville-neuve Saint Georges, se dirigía á Versailles. Y en aquella hermosa mañana de Septiembre; cuando el general Ducrot á quien se había dado el mando del 14º cuerpo, resolvió atacar al segundo ejército alemán, durante su marcha de flanco, el nuevo regimiento de Mauricio, el 115º, que estaba acampado en los bosques, á la izquierda de Meudon, no recibió la orden de marchar sino cuando era ya seguro el desastre. Habían bastado unas cuantas granadas; un pánico espantoso se había apoderado de un batallón de zuavos, compuesto de reclutas, comunicándose al resto de las tropas, las cuales no pararon de correr hasta París, donde fué inmensa la alarma. Se habían perdido todas las posiciones de la parte del Sur, y aquella misma noche fué cortada la línea telegráfica del ferrocarril del Oeste, la única que aun no lo estaba. París quedaba separado del mundo.

Aquella noche fué muy triste para Mauricio. Si los alemanes se hubiesen atrevido, habrían acampado en la plaza del Carrousel. Pero eran gente de gran prudencia y habían decidido poner sitio en toda regla. El ejército del Meuse se extendía por el Norte, desde Croissy hasta el Marne, pasando por Epinay; el tercer ejército cubría la línea desde Chennevières hasta Châtillon, y el cuartel general, con el rey Guillermo, Bismarck y el general Moltke, se había establecido en Versailles. Aquel gigantesco bloqueo, en el cual no se creía, era un hecho consumado. La capital, con su recinto fortificado de ocho leguas y media de perímetro, con sus quince fuertes y sus seis reductos destacados, iba á encontrarse como encarcelada. Y el ejército de defensa no contaba sino con los cuerpos 13º y 14º, que reunían entre los dos una fuerza de ochenta mil soldados, á los cuales había que agregar los